

cauda, un cohete estalló, desgranándose en multicolor lluvia de estrellas, las cuales descendieron lentamente, balanceadas por el céfiro

Antoñita y Eugenio, en el sombrero que proyectaba el muro, embriagados por el aroma de los tiestos, las vieron caer, con una sonrisa de amor en los labios.

Con el primer día de su amor, vino una existencia nueva. Antoñita se abandonó á la dulzura de aquel sentimiento que invadía su alma, con la misma ansiedad de la ave-cilla que, errante en las azuladas lejanías del espacio, descende á la llanura á calmar su sed. Su corazón sencillo, habituado has-

ta entonces á los serenos afectos del hogar, se desbordó en una oleada de pasión que, poseyéndola, hubo de hacerla experimentar sensaciones exquisitas, de un encanto ardoroso sin ser por ello desapacibles.

Cuando volvía la mirada al pasado, con ese espíritu de observación propio de la mujer, sus años de niñez y de juventud la parecían un campo yermo, desolado; no tenían fin ni propósito. Cierta que los consagró á su familia, al amparo de la madre inepta, encerrada en su natural bonachón de mujer indolente; de la hermana menor, la niña mimada ligera de cascos, que no seguía otro impulso que el de sus banales caprichos; del primogénito, que al día siguiente del entierro de su padre manifestara con fría entereza que no descendería á labores impropias de su condición y talento, sino que continuaba en la carrera médica; pero, sin embargo, reconocíase cruel al encontrar vacío el pasado. Su vida presente la atraía más. Palpitaba en ella una energía poderosa, derrochadora de savia, fuerte, que la transformaba. Su tristeza de antaño, aquella tristeza resignada, que lo aceptara todo sin protesta, convirtiéndose en plácida alegría, que irradiaba en sus pensamientos y en sus acciones. A veces,

sentía deseos irresistibles de jugar con Lena, de reír mucho; otras, sus ratos eran melancólicos, como para dar tregua al eterno júbilo.

Sus anhelos de amor, sus aspiraciones fervientes de ser amada, estallaron en una soberana florecencia, al saber que Eugenio estaba atado á ella por los lazos que soñara. Y su dicha era tanto más intensa cuanto más esperada. Semejante á los enfermos que después de larga convalecencia saborean vivísimo deleite al recobrar la salud, así ella sentíase embriagada al ver lucir en torno la aureola de una pasión.— Sorprendíase al contemplar los dilatados horizontes de ternura que se extendían á sus ojos. Las mañanas de aquel crudo invierno de 1901, de cielo nuboso, de sol anémico, parecíanla mañanas de primavera, doradas y luminosas.— Los tiestos de la ventana la seducían: hubo de hacerlos objeto de su más amable solicitud. No se contentaba con derramar sobre ellos los hilillos de cristal líquido que brotaban de la regadera. Les arribaba al sol; gustaba de infundir el calor de los pálidos rayos en las hojitas mustias. Y cuando Lena, con aquella ironía mezclada de candorosidad y malicia, la interrogaba sobre

el por qué de tantos cuidados sonreía sin responder.— ¡Ah! no sabía su chiquitina que el corazón ya no lo guardaba todo para ella. Seducíanla aquellas flores porque eran el recuerdo vivo de su Eugenio. El aroma de los claveles á medio marchitar, de los heliotropos que languidecían, evocaba uno de sus instantes felices: la noche que se deslizó tranquila, acariciadora, mirádoles á los dos cogidos de la mano en el rinconcito penumbroso.

Por las tardes, cuando permanecía sola en casa, y entraban en la sala raudales de sol, la vieja canción asomaba á su boca. No era la melodía triste: revestida por los ropajes de una dulzura infantil, tenía un encanto melancólico. Esparcíase por el cuarto, suavizando el rudo *trac-trac* de la máquina. Vez hubo en que olvidase la letra: murmuraba con acento débil, envolviendo frases en el eterno son:

«Yo te quiero. ¿Por qué te quiero yo...?»

Otras, el nombre del chico entrometíase en los versos, y entonces más de tres resultaban cojos. ¡Pero ya iba á importarle á ella la medida!

—Eugenio, Eugenio, Eugenio...—re-

petra, complaciéndose en la música de aquel nombre.

Doña Pepa no cabía en sí del asombro. Metida cada día más en el ruinoso templo, contraía los labios con una sonrisa que mostraba sus encías coronadas de blanquísimos dientes, pese á sus años, al notar en la pobrecita de su hija alegría tan desusada. Chungábase Alberto, suplicándola que la diera el remedio que infundía regocijo en los doloridos corazones. Pronto sería médico, — y esto de «pronto» afirmábalo con seguridad tamaña, cual si no tuviese por delante cuatro años de estudios, — y justo consideraba tener en su almacén de recetas aquella tan codiciada.

Lena, sentándose sobre las rodillas de Antoñita, y mirándola á los ojos, la preguntaba:

—Dime, hermanita. . . . ¿Por qué estás tan contenta?—Y luego, haciendo un pícaro mohín:—Anda, ladronaza, que tú me robas algo. . . .

—Nada, nada, si todo es tuyo, chiquilla.

—¡Mentiras! . . . Eso del robo, nadie me lo quita de aquí. ¡Mira: con decirte que ni el niño Jesús que tanto pondera Estéfana! La cocinera, que por todas partes rondaba

y no había conversación en que no metiera su lengua ni platillo que no hurgase con su cachara, interrumpía entonces al ídolo de la familia.

—¡Válgamel qué muchacha tan preguntona!

La morenita fingía dolorosos pucheros. ¿Eran sus conversaciones de la incumbencia de la criada?

—¡Vamos! Cállese y deje á la niña con sus quehaceres.

Pero á pesar de que todos lo imaginaban, nada lograron saber de verdad. La transformación del genio de Antoñita, y las hablillas de la vecindad que pregonaban que el antiguo estudiante ya no se iba de picos pardos con el poeta, sino que se quedaba encerradito en su cuarto, y sobre todo, los consejos almibarados que doña Manuela derramara sobre la modistilla, al pasar ésta por la escalera, fueron algo más que engendrades de sospecha.

La chismosa recorría las viviendas altas y bajas, hablando largo y tendido acerca de los novísimos amoríos. El señor don Eugenio y la señorita Fernández hacían un par que ni pintado. Que de ellos, modelo de buen sentido y decencia, tomasen ejemplo

otras virgencitas que conocía. Y guiñando los ojos, aludía á Eloísa Gómez, que desde la noche fin de siglo tenía el periodista cosido á las faldas, con gran indignación de los inquilinos de la vetusta casona, que veían á Conti regodearse á costa del zorro de don Hilario, comiendo y cenando al lado de su novia.

Autoñita, sin embargo, nada decía respecto de sus amores. Limitábase á sonreír. Su propia timidez, ó acaso las delicias de su escondida pasión, la impulsaban al mutismo.

Al principio, los amantes contentáronse con las miradas. Autoñita salía por la mañana á la azotea. Sonaban las siete. En el cielo, cubierto de transparente neblina, retozaban rayos de sol que, esparciéndose en haces dorados, convertían en girones el niveo manto. Aquí y allí, descubriáanse pedazos de azul desvanecido, que reían con la risa suave del amanecer de invierno. Sobre la inmensidad de techados grises, con sus jardinillos de plantas marchitas, con sus tragaluces cuyos cristales brillaban, con sus altas paredes divisorias cuajadas de trozos de vidrio multicolores, con sus pararrayos que se elevaban, delgaduchos y erguidos, como

centinelas; sobre aquel amontonamiento de ladrillo y argamasa, la luz tenue de la mañana descendía en oleadas, bañándolo en polvillo de oro. Los campanarios de San Juan de Dios y la Santa Veracruz destacaban sus moles achatadas; el lejano de San Felipe desafiaba al espacio con sus agujas plomizas; más allá, por encima de las altas construcciones, asomaban las torres de la Catedral, cuadradas, aplastantes.—Enfrente, veíase una línea ondulada, amarillenta. Eran las copas de los árboles de la Alameda, ya casi despojadas de hojas, sobre las cuales aun se guarecían bandadas de pájaros que alegraban la matutina hora con sus gorjeos.—De las calles cercanas ascendía un rumor persistente, rumorcillo parlero, juguetón, perezoso. Soplaba fresco remusgo que entumecía los miembros y amorataba los labios. Las ramas raquílicas de los rosales alineados á un paso de la cornisa que daba al patio, estremecíanse al recibir las rachas.

Autoñita, envuelta en viejo chal de lana, un chalecillo azul que usara desde su niñez, y que apenas si bastaba ahora para abrigar su busto de jovencita, recorría la azotea con andares coquetones. De cuando en cuando avanzaba hasta lanzar furtiva mirada al cuar-

to número cinco, situado junto á la portería.—Convencíase de que los maderos permanecían cerrados, y entonces continuaba su paseo.—¡El bribón del novio dormía! ¡Vaya con el mocito! No era su vida tan perra.

Tiritando, distraíase en fijar sus pupilas en las cúpulas distantes, sobre cuya tersa superficie quebrábanse saetas luminosas; en las avenidas, que despertaban, ebrias de movimiento y de vida; en el sol, que allá en las azules lontananzas que se vislumbraban en línea recta de la calle de San Andrés, aparecía, desmelenado, paliducho, á manera de coloso enfermo.—En el sereno ambiente perdíanse las campanadas de los templos que llamaban á misa. ¡Qué concierto de voces argentinas y sonoras! Las había débiles, aladas, como de angelillos invisibles; otras, producían un tintineo alegre, semejante á coro de pilluelos que se desgañitaran sobre la yerba. Y Antoñita fruncía el ceño al oír el tañer ronco de una, muy distante, muy largo.

Del patio brotaba la tonadilla de moda, el tango ó las coplas de la zarzuela últimamente estrenada, tarareados en medio del estrépito de las aguas removidas de la fuente, y el chillar de las criadas que volvían de hacer las compras.

La moza, arrebujaada en el raído chal, corría de nuevo á la cornisa. El corazón la palpitaba más que de ordinario, y sus mejillas ateridas por el frío, tñíanse de rosa.

Allí estaba él, bien peinado, hinchados los párpados, con el sopor del sueño en el rostro. ¡Y qué guapetón y zalamero la parecía, con su estrecho saco de color café y sus eternos pantalones á cuadros! Conocíasele el nimio cuidado que ponía en cepillar sus humildes prendas; y su deseo de agradar á la chica se observaba patente en el nudo de la corbata, hecho con verdadero *chic*, con artísticos pliegues que descendían hasta perderse en la albura de la camisa y la indefinible tela del chaleco.—De pie, apoyado en el marco de la puerta, con el cigarrillo en los labios, la contemplaba ruiñote, cual si quisiera devorarla con los ojos.—Y no podría—á fe de novicio galanteador,—quejarse de la actitud de la chica, que le sonreía desde lo alto no sólo con los labios, sino con los claros ojos inundados de luz, con las naricillas rémangadas por la sensación helada, con los dorados rizos aprisionados en el chal.

Alzabase Eugenio sobre las puntas de los pies, pretendiendo admirarla toda entera.—¡Empeño inútil! Ella no se acercaba mucho.

Quedábase entre las macetas, temerosa de los ojos pecadores de doña Manuela, que, charlando con los vecinos al borde de la fuente, ansiaba descubrir el objeto de las miradas del mozo.

Pero á poco, los rayos de sol que se arrastraban por azoteas y campanarios, descendían al patio. Los muros ennegrecidos, mohosos, sobre cuyas grietas y cornisas mostraban su verdor las yerbas parásitas, se iluminaban. El techado de zinc del lavadero parecía centellear, lanzando en torno chispazos de luz. El cristal movable de la fuente reflejaba aureo fulgor, súbitamente invadido por chorros de claridad que bañaban, al par que el agua, los rollizos brazos de las mujeres que inclinadas en el brocal hundían cántaros y cubas.—A esa hora, Eugenio no despegaba los ojos de lo alto. ¡Qué bello era contemplarla, risueña, temblando de frío, envuelta en el pingajo que contrastaba con sus cabellos rubios! Sirviéndola de fondo la fachada blanca de la casita y el cielo tenuemente azul, en la mente de Linares aparecía como una visión vaga, como una figurilla arrancada del cuadro ideal de los ensueños. Y sus miradas, largas y tiernas, tenían un encanto de frescor y de juventud

que les robaba la noción del tiempo. ¿Había pasado una hora, un minuto? Ignorábanlo.—Sólo Antoñita, al oír nuevamente la risa sonora de las campanas, tornaba á la realidad. Pronto sonarían las ocho. Los pasos de Estéfana atronaban la escalera; doña Pepa anunciaba su presencia con el timbre de su vocecilla meliflua, dando los buenos días á las gentes de abajo.

¡Adios ilusión! La monótona existencia vulgar la reclamaba. En breve la criada ensordecería la casa con su voz áspera. Lena, que en tal instante dormitaba, envuelta en las ropas de la cama, pondríase en pie, infundiendo en la pequeña mansión la alegría de sus exclamaciones de pilluela. Alberto, trémulo aún por el paseo de la noche anterior, sentaríase á la mesa, reclamando el café.

Entonces Antoñita le sonreía por último. Era una sonrisa preñada de ternuras, pródiga en promesas, algo triste. Era el adiós, el «hasta mañana» que le enviara desde la azotea, escondida entre tallos y hojas secas. Cuando el acento de Estéfana hería sus oídos, cogía una rosa marchita, con precipitación; y luego, besándola sin que él la viera, arrojábala al patio. Los pétalos flotaban un instante en el aire, y descendían después con

ritmo pausado, cual si fueran la viva representación de la postrera sonrisa convertida en una nube de sonrisas.

Y así pasaron semanas. Enero brumoso y frío tocaba á su fin. En los árboles verdeaban los nuevos brotes.—Antoñita mostrábase satisfecha de aquel amor tan tímidamente manifestado. Su vida apenas turbada, deslizábase como antes, en la calma de la salita, en medio de telas ricas y adornos finísimos, charlando con la chiquilla, que desde días antes dióse á la tarea,—sobrado difícil para ella,—de leer novelas.

Eugenio Linares, por el contrario, experimentaba honda inquietud y zozobra. Por las mañanas, después de la muda entrevista, iba á *La dama blanca*, un cafetín del Puente de Alvarado, en el cual acostumbraba desayunarse.

Al entrar, después de haber puesto el sombrero en la percha, se dirigía á la mesa del rincón en donde Eugenio Urizar, con el mugriento cuello del saco levantado y los ojos miopes fijos en el papel recién impreso, leía la prensa. Ojeroso, con la melena despeinada, las prominentes narices inmóviles, los labios apenas entreabiertos por el cigarrillo, no prestaba atención á lo que acaecía en

torno. Los parroquianos, al verle enfangado en el cúmulo de noticias que devoraba, ni siquiera le hablaban. Sólo uno de ellos, el señor Carrizales, un vejete á quien siempre se veía envuelto en antiquísimo y raído *plaid*, cuando observaba que Arsenio, con nervioso movimiento se rascaba la nuca, solía interrogarle:

—¿Hay algo de nuevo?

—¡La hecatombe, amigo Carrizales!

Y el viejecillo no decía más. Limitábase á mirar á doña Filo, la dueña del establecimiento, una jamona exuberante, repitiendo:

—¡La hecatombe, señora mía!

Aquella mañana, el poeta había leído del pe al pa los periódicos todos. Los clientes, luego de haber apurado la consabida taza de café con bizcocho, marcháronse uno á uno. Solamente permanecían en el recinto iluminado por el sol que se colaba á raudales por el escaparate, el señor Carrizales, dos ó tres rezagados, la patrona y los mozos.—Uno de éstos escudriñaba con insistencia al joven, que, muerto de hastío, daba vueltas á los periódicos, enterándose de la plana de anuncios.

—¡Este demonio de Eugenio!—gruñía, dando palmadas en la mesa.

—¿Quiere el señor que le sirva el café?

—No, no hace falta. Ese descastado de terminó, seguramente, que nos quedásemos con el estómago vacío....

Se despezó, soñoliento, y ya se disponía á encender otro cigarro cuando Linares apareció en la puerta. Venía mustio, con los brazos colgantes.

—¡Pero chico, qué diablos te sucede? La musa del hambre pide á gritos una estrofa de néctar negro, y tú que no vienes....

Dobló los diarios leídos, metiéndolos en seguida en los bolsillos; y, palmoteando, llamó.

—Ahora sí. Vengan dos tazas de café, dos platos de natillas y galletas.... La metálica musa ha descendido á las oscuras cavernas de mi chaleco.

Y con delectación, hacía sonar las monedas.

Estaba alegre. El día anterior hubo de recoger, en el correo, la mesada que le enviara su padre, obscuro labriego de Jalisco; y fiel á sus costumbres, derrochó la mitad de ella por la noche, proponiéndose, tan pronto como saldara cuentas con doña Filo, á quien debía veintiseis desayunos y otras tantas cenas,

esparcir el resto por esos mundos de Dios.— Seis años habían transcurrido desde que hollara con su planta pecadora el asfalto de la metrópoli, con el propósito firmísimo de cursar los estudios preparatorios. Calaverón de por sí, tocado del *ansia de belleza*, y camarada fiel de bohemia, no tardó en mandar noramala las aulas y entregarse en cuerpo y alma á la encantadora tarea de componer versos. Los hacía malitos; mas su pedantería inocente, su don del palabreo y su prodigalidad provinciana, granjeáronle el aprecio de algunos periodistas que dieron cabida á sus producciones en las columnas de oscuros diarios. Y mientras que el tío Urizar se deslombaba allá en la soledad del ranchejo, esperando que su hijo tornase *letrao*, Arsenio reducía á la nada las mensualidades enviadas á costa de fatigas sin cuento, y pasaba una deliciosa vida de poeta en su cuartito de la calle de San Juan de Dios.—Su natural desgarbo, su figura francota y sonreidora, le conquistaron desde el primer día mil amistades, entre las cuales se contaba la de Eugenio, de quien el vate de ciernes era paisano. Tenía fama de enamorado, merced á las habladurías inverosímiles de doña Manuela, que le acusaba de sostener relaciones ilícitas

con la gordiflona propietaria de *La dama blanca*. Carecía, no obstante, de verdad el aserto, pues las familiaridades de Arsenio con ésta, reducíanse á meras caricias paternales; y en cuanto á lo otro, sus seducciones se iban más allá de la meretriz callejera, ó de la maritornes que, sin llegar á bonita, no fuese fea.

En sus adentros, despreciaba á la mujer soberanamente, y aun llegó á manifestar en cierta ocasión, con gran escándalo de don Hilario y esposa, que el amor era una mentira. ¡Sí, señor, todo se reducía á la atracción carnal, al deseo del macho y de la hembra, que soñaban con los cielos estrellados, las melancólicas serenatas y los suspiros tenues, para ir á dar con sus idealismos en la cama!—Y no era él quien lo decía; ¡cáscaras!, era Schopenhauer.—Los oyentes quedaban boquiabiertos. ¿Quién era aquel señor tan inmoral y desalmado, que consideraba como animales á las gentes?

Eugenio no participó nunca de sus teorías. Sublevábase al oírle desbarrar por los campos de la fisiología y la filosofía pesimista.

Por eso aquella mañana, en la dorada penumbra del cafetín, le miró airado, creyen-

do que haría de las suyas, cuando el poeta, con una mueca de ironía le dijo:

—¿Qué hay, pichón? ¿Te han mandado con la música á otra parte? ¡Mejor que mejor!

—¡Calla, hombre! De nuestros asuntos se han de enterar hasta los mozos...

En efecto, uno de ellos les escuchaba con fingida seriedad, esperando con el servicio en las manos, á que Arsenio retirase las suyas de la mesa.—Mientras el criado puso el mantel no muy limpio y colocó platos y copas, después de haberlos estregado con el mandil, Linares dejó vagar sus ojos por el recinto.

Iluminado á torrentes por el sol matinal, resplandecía con el brillo de sus cristales. Las mesas, alineadas á lo largo de los muros tapizados de papel amarillento con flores rojas, ostentaban el desorden propio de las horas que siguen á la del servicio: sobre el blanco mármol veíanse manchas de café, migas de pan, vasos emporcados por manos obreras, trozos de periódicos, cajas de cerillos vacías. Las moscas revoloteaban, zumbando débilmente, deteniendo su vuelo en las pantallas de los foquillos, en los dorados marcos de las estampas litográficas, que col-

gadas en mitad de la pared, evocaban escenas gastronómicas.

En genio, atusándose los tiernos mostachos, vuelto de espaldas á la puerta, fijaba con displicencia los ojos en el espejo del fondo. En el terso cristal reflejábbase, en primar término, doña Filo, con la cabeza envuelta en negro chal, rebosando frescura por todos los poros, con el mofletudo rostro coloradote y sereno, que apenas si perturbaba, de vez en vez, la sonrisa que dirigiera á los conocidos que pasaban por la acera. Engolfábase en su tarea de sacudir botellas y frascos, cogiendo el plumero á ratos, para espantar á los alados insectos que se detenían en los bizcochos cubiertos de polvillo de azúcar ó en los chorizos toluqueños amontonados en toscas bandejas. Acariciaba con su mano regordeta al perezoso gato que, sentado sobre los cuartos traseros, mayaba dulcemente. Y cuando sus ojazos de color de avellana, reveladores de una gran juventud pasada, se posaban en los muebles sucios, movía enérgica la mano en que aun conservara el plumero, llamando á los criados con tranquilo acento de burguesa. ¡No, hijos, no era propio dejar las mesas cochinas! ¿Qué dirían las personas? ¡Y el crédito de *La dama blanca*!

Más allá, Linares veía el escaparate, ofreciendo á los paladares la delicia de los grandes panes espolvoreados de canela y rellenos de pasas; las frutas en conserva; los paquetes de chocolate formando simétricos montoncitos. Tras del cristal se insinuaban dos caritas mustias é inmóviles.—Y todavía más lejos, por un efecto de óptica, contemplaba la calle, ancha, con sus edificios modernos engastados en caserones arcaicos, con el trajín batallador de la mañana, con el ir y venir de los transeuntes que marchaban con paso rápido ó arrastrando los pies, bajo el amodorrado sol de invierno.

Lanzó un suspiro cuando el mozo, luego de haber traído las tazas humeantes y las golosinas pedidas por Urizar, retiróse á regular distancia.

—Con que, veamos,—murmuró éste á tiempo que disolvía con la cucharilla los blancos terrones de azúcar;—¿qué demontres te sucede, que me atormentas con esa cara tristonera y cejijunta?

—Tú siempre estás de broma, Arseno... ¡Gran dicha la tuya!

El bohemio alzó la cara, al escuchar el velado reproche de su amigo. En sus pupilas resplandeció una mirada afectuosa.

¡Vaya, enfurruñarse por tan poca cosa! No ignoraba que le quería. Así, pues, que echara por esa boca, que él habría de oírle con toda religiosidad.

Entre sorbo y sorbo, Linares dió rienda suelta á las amarguras que pesaban en su alma, ávido del consejo de su paisano: la tarde antes, había ido por trigésima vez al Ministerio de Fomento, ilusionado, lleno de esperanzas. Don Hilario le despidió á poco, manifestándole que su jefe había desistido de aumentar el personal de la sección, y que, por lo tanto, no tenía para qué malgastar sus horas en la antesala.

—¿No te lo dije yo, Eugenio? Ese viejo es un zorro. ¡Qué influencias ni qué vallimientos ha de tener el pobretel! Ya los quisiera para casar á sus hijas.

—Lo sabía, lo sabía de antemano. . . . Pero, ¿quién no abriga ilusiones, aún las más locas, cuando sufre miseria?

Y contó su odisea dolorosa. La salida del pueblo, por la tarde, cuando los últimos rayos de sol descendían sobre la tierra removida del sepulcro de su madre. La llegada, la instalación en el cuartucho, teniendo allí, á su lado, el baúl en donde guardaba la cartera mugrienta con su único tesoro:

aquellos doscientos pesos que le produjeran los escasos bienes realizados. Después, las caminatas humillantes, las correrías á caza de empleos. Manejaba la pluma con destreza, habilidad propia de provinciano; sabía algo: un poquillo de matemáticas, geografía, gramática, un tanto de historia y menos de teneduría de libros. ¿Cómo no lograr un emplello que le diera el pan?—Recorrió los grandes almacenes, los escritorios de fábricas y oficinas de ferrocarriles. Fué aquí, allá, acullá; rogó, suplicó. ¡Todo inútil! Desharrapada turba le seguía: eran los chicos astrosos que, como él, paseaban su holganza por las calles, eternamente desengañados, eternamente hambrientos, sin rumbo, condenados á la inacción y á las torturas de la vida miserable.

—¡Ah, querido Arsenio! Se niega que en México haya miseria; se pregonan por todas partes las riquezas vírgenes de América. . . .

—¡Claro, hombre! La fatuidad y la mentira son un vicio nacional. . . . ¿Que dos ó tres centenares de hombres apenas comen? ¡Qué importa! Los demás se atracan, y santas pascuas. . . . ¿Que nuestros campesinos viven una existencia vejetariana? ¡Eso es saludable!

Linares prosiguió, mirando melancólico